

propaga ni avanza sino á este precio; lo que es triste para mí, pero necesario para vosotros.

Algunas personas estimarán tal vez que habria hecho mejor en disimular este cisma de la filosofía. Más ¿para qué hombre reflexivo era un misterio? ¿Se habia descuidado una sólo ocasion de hacerlo aparecer, cuando se trataba de declararse contra nosotros? Por otra parte, el choque de doctrinas es testimonio de vida. Callándome más tiempo me ahorra sin duda algunos enemigos más; pero, por Dios, abandonemos de una vez para siempre esa habilidad vulgar en los asuntos del espíritu: persuadámonos de que sólo la verdad es inexpugnable. Dejadme una posicion franca, y me atrevo á confesar que nada temo en el mundo: colocadme, por el contrario en una falsa, y ya no me conozco, no puedo respirar.

El año anterior decia que entreveía en vuestro espíritu un gérmen del porvenir: hoy avanzo más, afirmo que aquel que no se apercibe de que una nueva generacion de ideas, una nueva ola moral golpea la antigua ribera, está ciego del corazon y del alma. Aun cuando tantos enemigos como se conciertan acabasen por arrojarme de esta cátedra, sería muy tarde; el espíritu que me impulsa á hablar ha pasado á vosotros: á ¡Dios gracias, no puede ninguna potencia del mundo deshaceros como á esta tabla de encina.

CONFERENCIA III

LA IGLESIA EN EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Un Cristianismo antes de Cristo.—Grecia bautizada por Platon.—La Iglesia primitiva en el espíritu de Jesucristo.—La existencia de Jesus negada por el doctor Strauss.—Dos caracteres del Evangelio.—El nuevo FIAT LUX del mundo moderno—Sentimiento de esperanza en el Evangelio.—¿Qué esperamos hoy?—Primera division entre los apóstoles.—Como se resuelve.—Imágen de la unidad futura.—Iglesia de San Pedro.—Iglesia de San Pablo.—Liturgia católica.—¿Porqué se ha detenido?—Los funerales de un mundo.—La monarquía del espíritu.—¿Es ésta una monarquía HOLGAZANA?—De los blasones espirituales.—Las memorias de Luis XVI.—El testamento de una época.

Hay dos clases de fé en el mundo: nace una del desaliento, otra de la esperanza: encuéntranse hombres que despues de haber sido atraídos y engañados por diferentes teorías, no habiendo encontrado inmediatamente lo que esperaban, adoptan el partido de no indagar nada en adelante y recaen por desfallecimiento en el pasado: su creencia es una especie de desesperacion. Cansados de desear, se asen á la muerte con frio

encarnizamiento. Otros, por el contrario, aun antes de poseer la verdad están seguros de encontrarla; se lanzan á ella con fuerza suprema; ligados todavía al error, su palabra, su vida, su alma, son fecundas.

Poco antes de que Jesucristo apareciese en la tierra, estas dos clases de fé existian en el mundo pagano: unos, de sistema en sistema, de esperanza en esperanza recaian en la antigua comunión pagana: otros hacian esfuerzos sobrehumanos para arrancar al politeismo lo que este no contenia. Por todas partes se sentia ese hambre del alma de que hablabamos anteriormente: ¡cuántas tentativas para torturar, exprimir los símbolos paganos, á fin de encontrar en ellos un nuevo ideal! Desde el tiempo de Esquilo y de Sófoles, el alma es víctima de sed desconocida: en este trabajo del alma óyense salir palabras extrañas de boca de los poetas, palabras que contradicen toda la civilizacion antigua. *Prometeo*, los coros de las *Suplicantes*, *Antigona*, son fragmentos de esa gran profecía que no se encierra en ningun pueblo, adivinos que no saben lo que anuncian. Por otra parte, las escuelas de filosofía hacen correr de boca en boca la idea del Verbo de Dios: esta palabra de Platon vuela de Atenas á Alejandría, á Antioquía: no es solamente Isais ó Daniel, es la humanidad quien profetiza. Antes de que Cristo se muestre, se respira un Cristianismo precursor. Judea es bautizada por S. Juan en el Jordan; Grecia es bau-

tizada por Platon. Pero ¿qué es esto? ¡Un bautismo en el torrente! ¡Un bautismo de ideas! Un deseo, una esperanza que pasa como la onda, una doctrina mas añadida á otras doctrinas, un sofisma quizás, una sombra, si la vida, si el eterno viviente no se encarna en ella.

En tanto que estas ideas bajo una forma vaga, trabajaban al mundo antiguo próximo á abismarse en una abstraccion sin salida, veo á un maestro seguido de doce pescadores, en uno de los lugares mas retirados del mundo. No enseña en medio de los libros, sino en el templo, en la plaza pública, á la entrada de las poblaciones, en lo alto de los montes, ante la naturaleza entera á quien toma por testigo, Pertenece al pueblo mas desgraciado de la tierra, y hace una promesa infinita en nombre de ese mismo dolor secular; su enseñanza no está tan sólo en su palabra, brilla en la menor de sus acciones ¿Qué escuela, qué templo podría encerrar su doctrina? No enseña como todos los que le han precedido un sistema en particular, sino la vida misma; y no se limita á enseñarla, tambien la comunica. Antes, los reveladores mostraban á Dios en el Orbe, en la inmensidad de los mares, en todo lo inaccesible: él, por el contrario, lo muestra encarnado en el hombre. Infunde lo divino que palpita en el centro de los cielos, en el espíritu hecho carne: revela lo que nadie conocia, la potencia infinita del alma.

En ciertos momentos reúnese la fuerza

moral de un pueblo en un hombre que lo personifica: en aquel instante todo el poder moral del género humano se concentra en Jesucristo. Lleno el espíritu de pensamientos divinos, ¡como no habria sentido y proclamado al hijo de Dios!

¿Dónde estaba á la sazón la Iglesia? ¿Qué forma tenia en el espíritu de su autor? Buscando únicamente la verdad, se reconoce que el objeto constante de Jesus es dilatar las almas, desembarazarlas de las formas, resucitar los corazones libertándolos de los fardos artificiales que los oprimen. El milagro continuo que opera es retrotraer, volver á encontrar la vida bajo los muros blanqueados del viejo culto. ¿Qué son para él, el templo, la liturgia, el sábado? El templo está en el jardín de las olivas, en el camino, en la casa del Centurion, en la barca de Galilea, donde quiera que se escucha su palabra. La liturgia es el movimiento de la vida, el viage, el pájaro que se procura su sustento, el grano que cae en el sarco, el encuentro de un extranjero, la hospitalidad aceptada, la conversacion de los amigos. ¡El sábado! No lo conoce, cuando es un obstáculo á obras nuevas.

¿Qué es todo esto? ¡Helo aquí! La tierra estaba cargada de usos, de ritos, de símbolos antiguos. El pasado, extendiéndose siempre, usurpaba su lugar al porvenir. Añadidos los templos á los templos, los usos á los usos, los libros á los libros, no quedaba, por decirlo así, en la religion

espacio para el alma humana. Álzase entonces una voz; y bien pronto el menor suspiro del hombre consumá mas milagros que todos los templos, que todos los libros litúrgicos, que todas las murallas de mármol y de oro. Ya no basta leer el libro de la ley y de los profetas: es necesario ser un libro viviente, una Biblia activa, una profecía visible. Es decir, que el ideal de la Iglesia en el espíritu de su autor es el movimiento de la vida espiritual. El que se detenga, el que se duerma en el templo, en medio del incienso, cesa de pertenecer á su comunión: el que vele con el espíritu y el corazón, aunque sea samaritano, está con él.

Un sábio alemán de mérito incontestable, el doctor Strauss, ha expuesto sobre la misión de Jesus un sistema nacido para excitar el estupor de Europa. Según él, Jesus se habría constantemente ocupado en calcar su vida en las profecías del Antiguo Testamento; cada uno de sus actos le habría sido impuesto por un texto; no habría hecho en cierto modo sino repetir el pasado. Tanto vale borrar del mundo la vida y la persona de Jesus, para no dejar en su lugar sino un sistema de erudición. Cuando se vió á esta gran figura próxima á desaparecer de la historia, hubo en nuestros tiempos un estremecimiento, una fermentación extraordinaria, una inmensa controversia, en la que apercibiése que nuestro clero había perdido la preeminencia, pues no tuvo una sola palabra que decir en la

cuestion que conmovia y quebrantaba al Norte. Seguía atacando á Voltaire, mientras el cuerpo de Jesus le era arrebatado durante la noche sin que lo echase de ver. En Alemania, los mas impacientes no tardaron en creer que la crítica del doctor Strauss no iba bastante léjos, y se dieron prisa á destruir el simulacro de Cristo que habia dejado subsistir en la Cruz. Todo se desvaneció en una nada mas vacía cien veces que la del baron Holbach y la da Helvecio. Muchos, por el contrario, llenos de terror, cerraron su libro; cesaron de pensar, y en el temor de no ser bastante cristianos, se hicieron gnósticos y visionarios. Heridos con sus propias armas, retrocedian á la fé por el espanto. Tal es en la actualidad el estado de la controversia.

Por mi parte, si dando de lado la multitud de libros que he leído á este propósito, supongo por un momento que no he oido hablar nunca del Evangelio y que este libro cae en mis manos por primera vez, hay dos cosas que me sorprenderán inmediatamente, y son, la personalidad del Cristo y la esperanza que constituye el fondo de su doctrina. En todos los libros del Oriente antiguo siento la vida universal y cómo la pulsación de la gran alma del universo. El alma fria, impersonal, incomunicable de la naturaleza se exhala por boca de los dioses, en las obras de los antiguos sacerdotes. Pero aquí ¡qué diferencia! Yá no veo el desierto infinito en su vacía sublimidad; distingo en las huellas del Hombre divino

en la arena inmaculada, que alguien ha pasado por allí.

No soy juguete de los libros, de los sistemas, de ese mismo instinto, verdadero ó falso que me impulsa á lo que hay de más universal. A través de dieciocho siglos, reconozco, oigo, no el murmullo de la escuela alejandrina, sino el movimiento del gran corazón infinito que se abre y habla por los lábios del hombre, en el lenguaje del hombre. Añadid libros á libros, textos á textos; podreis componer una doctrina, pero no surgirá de ella una personalidad, ¿Qué me importa que San Mateo, San Lucas, San Juan no estén de acuerdo en todos los detalles? ¿Es la misma en todos la persona de Cristo? ¿El acento, la sangre que circula y refluye en mis venas, el alma que me habla y entra en mi alma es en todos la misma? Hé aquí lo que me interesa. No conocemos lo bastante el poder eléctrico de una mirada, de una palabra, de un gesto. Creemos que todo se hace con fórmulas, con doctrinas, con sistemas, olvidando que muy frecuentemente la vida habla en los ojos ántes que se manifieste la doctrina.

Jesus nada ha enseñado todavía; pero ya ha elegido sus discípulos, y éstos le siguen. ¡Hé aquí lo que más sorprende á algunos pensadores! ¡Cómo! un maestro que cuenta con sus discípulos y discípulos que cuentan con su maestro, sin que ninguna doctrina haya sido dada y recibida en prenda! Sí, y esta manera de fundar la Iglesia es

el título más sublime del Evangelio. ¡Recordad el comienzo! Jesus, avanzando por el borde del mar, encuentra algunos pescadores; les dice: seguidme. Éstos, dejando sus redes, le siguen hasta la Cruz. ¿Dónde ha brillado en tan alto grado el espíritu de espontaneidad y de creacion? No son, pues, teorías, es una persona quien habla. Los primeros discípulos no piden ninguna aclaracion: la vida, el poder del maestro ha pasado á ellos con la rapidez del *Fiat lux*. Avanzan silenciosamente: va con ellos un nuevo mundo.

¡Impulso, arrebató del entusiasmo, no trabajo del catecúmeno! A la primera palabra su alma se ha dilatado hasta lo infinito. Avanzan; llevan en sí la Roma de los mártires, Byzancio, el mundo moderno. á nosotros mismos que estamos aquí.

Primer momento de la Iglesia en el espíritu de su autor, entusiasmo, inspiracion, espontaneidad, movimiento para dejar la antigua ribera. ¿Porqué de tantas Iglesias como creen representar á Jesu-Cristo, ninguna nos dice yá: sígueme, *sequere me*? Nuestros oidos no se han endurecido; no pedimos sino marchar, dejar nuestras redes en el viejo Oceano. Mas para que nosotros sigamos, es menester que alguien nos preceda. Que alguien pronuncie, pues, de nuevo, en nombre de todas las Iglesias dispersas y errantes, la palabra sagrada, sígueme, *sequere me*, y de cualquiera parte que esa voz salga, sea del Vaticano, sea de lo alto de un trono, sea del fondo del corazon de un pueblo, no digo toda la

cristiandad, toda la humanidad preparada á este grito reconocerá en él la palabra del porvenir; seguirá inmediatamente á su guia, sin recoger las redes, sin mirar atrás. Otro carácter de esta primera Iglesia en el espíritu de Jesu-Cristo es mantener el alma en una esperanza continua. Ninguna escena se repite: todos los instantes son nuevos en esta liturgia viviente. Los patriarcas, Moisés, los profetas, las generaciones extinguidas, no usurpan nada á los vivos: no pesan, con todo su pasado, más que las almas de algunos hombres de Galilea. Salomon mismo cede al lirio primaveral cogido por el apóstol. Para arrancar el mundo á la seduccion del pasado magestuoso de Moisés y de los patriarcas, Jesus convida al espíritu á un amanecer siempre nuevo; echa en el fondo del porvenir un iman poderoso que no permite á nadie volver la cabeza. Se le sigue, porque á cada instante se abre y engrandece el abismo de vida. Al principio es un signo mudo, despues el signo se convierte en una palabra, una parábola, un misterio; más tarde la parábola se explica, pero comienza otra más profunda y el alma sigue, sigue siempre al alcance del maestro; se desearia colgarse del borde de su túnica en este camino de vida. Cuando se ha dado el primer paso, cuando se empieza á gustar su doctrina y se cree poseerla, anuncia su muerte. Entónces la esperanza vuelve á comenzar, el porvenir torna á mostrarse, el maestro crece cien codos; ni un instante de reposo con-

cede al alma que le sigue: despues de su muerte se espera su resurreccion; despues de su resurreccion su magestad trasfigurada en el Tabor. Hé aquí hasta donde conduce él mismo á la Iglesia.

Y ahora, ¿qué esperamos? ¿Qué se nos ofrece para impulsarnos hácia adelante en el camino del alma? Se nos conduce al pasado; se nos muestra al Cristo azotado, humillado, crucificado; se toma por undécima vez el camino de la pasion, repitiendo al pueblo, al hombre, al género humano: lleva tu cruz. Pero mi cruz, la he llevado yá en la edad media y dejé atrás mi calvario: hay para los que esperan un Cristo del que no me hablais, es el que debe brillar en las nubes, lleno de magestad y de gloria. ¿Cuándo vendrá? ¿Porqué no me decís nada de este coronamiento? Os contentais con manteneros, con conservaros tales como habeis sido; no aguardais nada en el mundo, porque el apogeo de vuestro poder se ha colmado. ¿Esperais que los cielos se abran pare mostrar el reino del hijo de Dios? No, porque sabeis que no se abrirán. Habeis desechado esta esperanza material: no son los cielos visibles los que han de abrirse, es el cielo interior, el alma, el espíritu.

Que aquel que tenga un corazon lo abra á la esperanza, y la magestad divina se ostentará en él. ¡Pensadores, no cerreis vuestros pechos! ¡Iglesia católica, Iglesia protestante, Iglesia griega, basta de discordias y de cólera! En vez de aislaros como fortalezas cerradas, hosti-

les unas á otras, comunicaos todas en una unidad mas grande. ¡Iglesia de piedra, abre, ensancha tus puertas! ¡Iglesia viviente, dilata tu inteligencia, tu dogma! En vez de la corona de espinas que ciñó el pasado, la magestad, el triunfo, la paz brillarán en el espíritu del Hijo del hombre: ninguno de nosotros os preguntará de nuevo, ¿cuándo vendrá?

Despues de la muerte de Jesus empieza una época nueva para la Iglesia primitiva. Los apóstoles se dispersan; ninguno se acuerda de llevar, en su mision, ni la madera de la cruz ni la corona de espinas ni la túnica del maestro: ¿qué han de hacer de esos testimonios que sólo hablan á los sentidos?

En circunstancias imprevistas cada uno se aconseja de su voz interior: el mismo espíritu los impele por cien caminos distintos. De pronto, aparece un gérmen de disension: estalla la primera discordia en este ideal de paz: es menester ver como la unidad se restablece, porque debe considerársela como la imágen de la unidad futura.

Apenas salidos de Jerusalem, los apóstoles se encuentran entre dos mundos: el mundo judío considerado como ortodoxo, y el resto del universo. ¿Qué conducta seguir para reunirlos? Es la misma cuestion planteada todavia bajo nombres diferentes. Piensan unos, y San Pedro está de su parte, que no puede haber comunion con las naciones extranjeras, si no se someten primera-

mente á la ley judáica, á los ritos y á la circuncision de Abraham. Era esto obligar al mundo entero á pasar por la puerta estrecha de Judea; era negar el movimiento del espíritu en todo el universo, fuera de Jerusalem; era constreñir al género humano á empezar la emigracion de los judíos; era escribir en la arena del desierto: sin esto no habia posibilidad de salvacion.

En esta primera Asamblea, hay otros, y San Pablo está entre ellos, que declaran que la comunion se verifica por el espíritu nuevo, no por los ritos de Jacob y de los patriarcas: que desde luego, sin pasar por el templo de Jerusalem, se puede entrar en la vida y la unidad. De estos dos sentimientos que contenian todo el destino del mundo ¿cuál prevaleció en el primer cónclave? El Cristianismo más vasto, más universal de San Pablo triunfa aquel dia del Cristianismo y la liturgia lapidaria de San Pedro. Decidióse bajo el espíritu del porvenir que la Iglesia de Judea no entorpecería la obra de la Iglesia universal, que los ritos del pasado no son sino cosa secundaria, que la primera y en rigor la única es la vida del espíritu. Así, la primera division de la Iglesia naciente se resuelve por la libertad. El alma estaba aun muy excitada para que la detuviese ninguna dificultad deliturgia. Los apóstoles se dispersan otra vez dando cada uno su forma á la palabra, creando San Pablo ritos nuevos en pueblos nuevos, espiritualizando San Pedro los ritos antiguos en pueblos antiguos, con-

ciliando todos la unidad del espíritu con la libertad de las formas.

¿En qué se ha convertido este ideal al cabo de diez y ocho siglos? ¿Qué idea se tiene hoy de la futura unidad del mundo religioso? Se está persuadido por regla general, de que la Iglesia mas antigua debe absorber á todas las demás. Tiénese la imágen de una unidad puramente material. Seguramente es grande pensar que, á tal hora, se pronunciará la misma palabra en toda la tierra; se hará el mismo signo; resonará el mismo acento en el ruido de las campanas; se leerá la misma página, se cantará el mismo salmo. No he olvidado la impresion que recibia, cuando viajando de poblacion en poblacion, entrando en las Iglesias árabes, góticas, griegas, latinas, de España, de Alemania, de las Cícladas, de las ciudades de Italia, oia por todas partes la misma lengua, y esas sencillas palabras *por los siglos de los siglos* que giraban y resonaban en el vacío: parecíame que la misma voz me seguia de edad en edad, de lugar en lugar, desde el fondo del pasado, y que asistia á los oficios de un pueblo muerto.

¿Es esto, en efecto, el último grado de la grandeza religiosa? No es tal vez la sublimidad de la muerte, mas bien que la sublimidad de la vida? Estoy persuadido de que sin esa unidad exterior puede alcanzarse la unidad de espíritu, que se concilie con la espontaneidad de los pueblos. ¿Nó son todos estos vasos sagrados

hechos por el divino alfarero para adornar el templo eterno? La Iglesia de la Edad-media sólo comprendió el canto al unison, aquel en que todas las voces se desvanecen en una sola. Pero un arte superior ha revelado otra armonía más alta, más santa, aquella en la cual cada voz conserva su tono y su acento en la armonía general. Porque no admitir, pues, que por una liturgia superior, cada pueblo conservará su voz en medio de la armonía de todos en la vasta Iglesia universal, de la cual las Iglesias particulares no son sino la piedra angular, en el gran coro de la humanidad?

Roma dice hoy como San Pedro á todo lo que le es extraño: Habla mi lengua, sigue mi rito, entra por mi puerta en la region de la vida! Pero San Pedro se arrepintió de esta doctrina estrecha, cediendo ante S. Pablo que ensanchó el camino en toda la extension del espíritu. Diez y ocho siglos han pasado por esta puerta, y no la han obstruido ¿Seremos nosotros quiénes la dejen tapiar?

Si quereis ver como se concilian la autoridad y la libertad, seguid un momento á San Pablo. Siéntese este aprisionado en la antigua Judea: la sombra del viejo templo pesa sobre él: no respira con holgura sino en medio de pueblos extraños, cuando en las riberas del Asia y de Europa abraza al género humano. Lleva consigo las palabras del maestro; pero que independencia! ¡qué audacia de interpretacion! Ved como la

Iglesia nueva se levanta, se desenvuelve, de hora en hora crece en su alma. ¿Dónde se detendrá en medio del infinito? Experimenta como unos celos sublimes. La vecindad de los demás apóstoles le embaraza; necesita, como el águila, horizontes sólo para él; en su desprecio por el pasado quiere almas nuevas, poblaciones nuevas en que la palabra no haya germinado todavía; y comunica esta independencia, esta espontaneidad á sus Iglesias.

Hasta entónces sólo han aparecido en la liturgia Cristo y los apóstoles; en adelante figura en ella un elemento nuevo. Es el pueblo reunido que, inspirado á su vez, se levanta, se agita, habla, se estremece: el poder del Apóstol se ha comunicado á las masas. No permanecen estas inertes; inventan, crean por sí mismas oraciones, cantos, himnos; entra en la liturgia el grito de las entrañas de la multitud. El apóstol llama en sus escritos á Corinto, Atenas, Tesalónica, Efeso; cimbálos sonoros, responden estas terminando el pensamiento de San Pablo: la Iglesia renovando su bautismo todos los dias crece á la vez en el alma del Apóstol y en el alma del género humano: hé aquí el verdadero ideal de la liturgia y de la Iglesia vivientes. Ahora pregunto: ¿vémos algo parecido á ese espíritu ó que, aproximándosele tan sólo, muestre que se vive con arreglo á tal modelo? ¿En dónde están las aspiraciones, los acentos de la humanidad moderna en los ritos y la liturgia de nues-

tro tiempo? ¿Fecunda, renueva la Iglesia sus prácticas en el Eterno viviente? ¿Ha muerto el corazón del pueblo, ó es que no sabeis hacerlo vibrar? Veo representadas las épocas de los patriarcas, de los mártires, de los doctores, como si el mundo hubiera debido detenerse en ellas. Pero ha continuado viviendo, aunque los ritos nada me digan de lo que ha seguido. Si la Iglesia es la representación visible de la Providencia ¿porqué no refleja sino ese gran pasado, ya tan léjos de mí? La liturgia se ha petrificado, pero Dios no se agota en uno ni en otro siglo. ¿Porqué no se expresa en un rito nuevo algun impulso, algun movimiento de la humanidad nueva? Repítense las antiguas oraciones ¿es que el alma no exhala otras? Cada siglo ¿no tiene su pan cotidiano que reclamar, y aquel en que vivimos más tal vez que ningun otro? Admiro la representación de los antiguos tiempos bajo ceremonias magestuosas; más, sin embargo, quisiera sentir el latido de un corazón vivo en el fondo de esos siglos que no me conocen. Como nada me habla de lo que la vida me ha mostrado, paréceme que asisto en medio de ceremonias sublimes á los funerales de un mundo. Mas se me dirá que esto es exigir de la Iglesia una inspiración permanente, una juventud siempre nueva, una vida imperecedera? en efecto, yo así lo entiendo. ¿Quién ha podido pretender nunca que el reino del espíritu y del alma pueda convertirse en una monarquía *holgazana*? En las monarquías temporales no basta

decir: he hecho otras veces grandes cosas; soy el hijo de Clodoveo, de San Luis; porque contentándose con esto, no ejecutando por sí mismo acciones gloriosas, no asimilándose todo lo grande que su siglo encierra, el pasado más brillante del mundo no salva una corona.

¡Con cuánto mayor motivo no sucede lo mismo en la monarquía del alma, en esas dinastías espirituales que quieren reinar siempre! Les bastará decir, soy hijo de Elías y de David? He consumado otras veces milagros; he descifrado enigmas; he escrito con lenguas de fuego las obras de los santos Padres? ¿No son estos bastantes trabajos, bastante grandeza para que la legitimidad me sea reconocida de siglo en siglo? No, no es bastante, porque vivimos y queremos obras vivientes. Las dinastías religiosas no se salvan ostentando escudos y blasones espirituales á la vista del mundo. No pedimos nuevos milagros para el cuerpo; pedimos solamente milagros de inteligencia y de alma. La providencia ha sembrado en nuestro siglo nuevas parábolas que no entendemos; explicadlas.

En presencia de dificultades nuevas tenemos necesidad de nuevos doctores: para conservar el trono del espíritu, es necesario adquirir diariamente por el espíritu el derecho divino de reinar sobre nosotros. En otro caso, las Revoluciones comienzan, y las mitras se rompen como los ce-
tros.

Luis XVI era el jefe de la mayor monarquía

del mundo: personificaba el viejo orden temporal; tenia el mas bello blason de la tierra: era justo, amaba el bien, y á pesar de todo cayó: él mismo, escribiendo sus Memorias, ha explicado dia por dia la caída del antiguo mundo político. En ese manuscrito en que se respira el vacío mas extraño que pueda imaginarse, en ese testamento de una época, hay una palabra escrita al lado de cada fecha y que la resume. Volved la página: reaparece la misma palabra. Domingo, *nada*; Lunes, *nada*; Mártes, *nada*. Y así pasan las semanas y los meses y los años de este reinado. ¡La fatal palabra está escrita el dia mismo de la toma de la Bastilla! El antiguo orden político cayó, porque todos los dias, en vez de ser y de obrar, escribia en el libro de la vida, *nada, nada, nada*, y el mundo quería ser y hacer alguna cosa. ¡Cómo, pues, no sería cosa más espantosa y más trágica, que en medio de los esfuerzos que nos quebrantan interiormente, el poder espiritual, cesando de obrar por el pensamiento, se contentase con querer escribir en el libro sagrado, al lado de cada siglo, de cada abismo, *nada, nada, nada!* Sobrevendría una revolucion inmensa; porque nosotros tampoco nos saciamos de esa nutrición de vida como nuestros padres y como sus padres, porque creemos en un Dios eternamente insaciable de grandeza, de luz y de espíritu.

CONFERENCIA IV.

EL CRISTIANISMO SIN ROMA.

El dogma cristiano se desenvuelve sin Roma.—Primera forma del papado: un derecho de procedimiento.—Principio de los concilios.—El voto en la ciudad divina.—Los Padres de la Iglesia: como entendieron las relaciones de la Iglesia y de la filosofía.—Arrianismo.—Atanasio.—Contradicción entre la Iglesia primitiva y la Iglesia moderna.—La declaración de los derechos de Dios, del clero, del hombre.—Un catolicismo pagano ántes del Evangelio. La Iglesia: lazo entre la raza romana y la raza germánica.—El cristianismo legítima la misión de los bárbaros.—¿Es la época más creyente la más propia para las artes? La Iglesia en la soledad.—La sociedad se renueva en el desierto.

La Iglesia primitiva está fundada: Jesús la ha legado á los apóstoles, quienes la difunden por el mundo y mueren. ¿Cómo se prosigue esta historia? ¿Quién se encargará de desenvolver la herencia de los apóstoles? En el momento supremo en que se produce la doctrina, en que se engendra el dogma, lo que mas resalta es la ausencia, mejor dicho, la nada del papado.